

Jorge Arbeleche

Más de medio siglo de poesía

Gustavo Martínez

Este texto, como los lectores se darán fácilmente cuenta por su tono afectivo, fue leído en la presentación de la antología “El repetido escándalo del gallo”, realizada el 23 de octubre del año 2019.

La celebración conjunta que nos reúne hoy, la del cumpleaños del hombre que escribe, del amigo que por ser quién es y cómo es ya nos convoca, y la de sus cincuenta años, ya cincuenta y uno ahora, de poeta, no hace otra cosa que destacar el vínculo profundo e indisoluble que hay en su obra entre poesía y vida. No en el sentido trivial que lectores superficiales y otros tan doctos como equivocados a menudo persiguen con cuanto escritor se les pone a tiro: rastrear retazos de la biografía del autor en sus textos, sino en el de lo intensamente vivenciado e íntimamente recreado en palabras, ritmos e imágenes. Poeta es aquel que, como Jorge, transforma en pulso verbal no solo lo vivido directamente, pero decantado de todo lo contingente, sino también aquello con lo que empatizó a través de la sensibilidad y la imaginación. De allí que pueda alcanzar la misma intensidad emotiva en las referencias a la madre (por ejemplo, en “Los pucheros” o en “Deberes”) como en los poemas en que canta a Helena o a Casandra o en el estremecedor “El Noticiero. Auschwitz”, donde una pavorosa tragedia individual y colectiva se condensa en una sencilla zapatilla de baile, a tal extremo que la convierte en parte de la biografía interior del propio lector.

En una entrevista radial que le hiciera Jaime Clara en “Sábado Sarandí”, el 7 de agosto de 2018, con motivo de la publicación de la antología que hoy nos convoca, “El

repetido escándalo del gallo”, Jorge declaró lo siguiente: “En el poema está lo que se dice y algo más...” Nada más certero en su misma sencillez, porque la poesía es a la vez significación y sugerencia, manifestación y misterio. Por eso es tan exigente con el lector y, en consecuencia, se vende tan poco. En la era del consumo, el público busca ante todo, porque ha sido habituado a eso, recorrer sin sobresaltos libros y películas como si cada uno fuera simplemente un pasillo que conduce de la manera más rápida, analgésica y gratificante a la salida. La poesía, por el contrario, obliga a detenerse, a prestar atención, a olvidar la satisfacción inmediata y a exponerse a una experiencia removedora de la que no se sale indemne ni igual. Puesto que el poeta es “El oficiante”, título de uno de los poemas incluidos en la antología a la que nos estamos refiriendo y que diera nombre, a su vez, a un libro publicado por Jorge en 2003, el lector debe ser un fiel en sentido casi religioso, alguien que asiste a una ceremonia litúrgica porque cree en la existencia de algo espiritualmente trascendente con lo que aspira a entrar en contacto, a ir más allá de lo aparente y pasajero, de lo que el texto poético dice, para asomarse a ese “algo más” que mencionaba Jorge en el reportaje al que nos referimos antes.

Centrémonos primeramente en lo que dicen los poemas, esto es, en algunos de los temas fundamentales que vertebran este libro, este viaje poético desde los comienzos a la madurez, para tratar de asomarnos luego a ese “algo más” que palpita detrás de ellos y a los recursos de que se vale el poeta para situarnos en ese estado de disponibilidad anímico-intelectual necesario para dejarnos impregnar, ahondar, por el misterio.

La suya es ante todo una poesía de lo vital y terreno, exaltados con tal pasión que los eleva y transfigura en un verdadero sentimiento religioso de la carne, del encuentro amoroso, del dolor y la nostalgia, de todo aquello que forma parte del bagaje existencial del ser humano. No es casualidad que uno de los poemas iniciales de esta antología, que lleva por título un término tradicionalmente asociado a la religión y, más

específicamente, al cristianismo, “Credo”, se cierre con este altivo verso: “Creo en el hombre Todopoderoso”. Ya en su juventud y en pleno siglo XX (el poema citado formaba parte de “Los instantes”, obra publicada en 1971), siglo en que la literatura en general se caracterizó por su sombrío cuando no desesperado pesimismo, el poeta proclamaba su fe en el hombre, en su capacidad de ir siempre más allá de sus propias limitaciones, lo cual no le impedía ni le ha impedido hasta hoy ser consciente del sufrimiento, las derrotas e incluso la maldad de que somos capaces los humanos. La fe de Jorge en el hombre no es un optimismo de consolación y huida, sino una afirmación de la dignidad humana fundada en ese obstinado afán que caracteriza a los miembros de la especie de no darse por vencidos, de levantarse después de cada caída y continuar andando con su carga de dolor, bajo el peso agobiante de sus pérdidas, pero sin renunciar a su afán de plenitud y de encuentro con el otro.

“Esta es la cuota que nos tocó en la vida
con vida y muerte y amor y desamor
y amor de nuevo
y gana
y esfuerzo
y la fatiga”.

(“Con Martha en Florencia”)

El ritmo nos hace sentir lo que el sustantivo “fatiga” dice mientras que la repetición de la conjunción “y” nos trasmite, sin necesidad de declararlo expresamente, la voluntad indoblegable de no rendirse a esa fatiga. Ahí asoma ya ese “algo más” al que se refería Jorge en la entrevista radial.

Por eso, a pesar de que “La intemperie le ha mordido de cerca / los talones en la secreta red de sus miserias / y en el tejido cotidiano de sus miedos” (“Partida”), el poeta entona “un himno de coraje a contraviento / contra la máscara contra la desgracia / contra la derrota y contra el fracaso” (“Canto”) porque nada puede hacerlo renegar de la vida, cuyos vaivenes extremos acepta desde lo profundo de su ser. Precisamente, en un poema titulado “Vaivén”, la voz poética se dirige a Caronte, el célebre barquero mítico del trasmundo, en un tono por momentos irónico y desenfadado (“... El equipaje será ligero: lo prometo. /Glicemia un poco alta, colesterol del malo, algo de reuma, y / quién sabe qué más. No mucha carga. También poesía. Pero / no pesa”) que es producto del haber vivido con tal intensidad, que la muerte no lo sorprende ni vacío ni frustrado: “Y en fin, / que sea cuando tenga que ser. / Pero / después de haber mirado todo / tocado todo / gustado todo” (“Vaivén”). Solo quien ha vivido intensamente puede plantarse ante la muerte con esa serenidad teñida de humor, presente también en el poema en prosa “Triste de fiestas”: “No empujen, somos de los últimos en irnos porque gozamos hasta la última gota de su sorbo. Y supo a poco”. Aun en el imaginado momento decisivo, cuando se halla cara a cara con la muerte, el poeta reafirma el placer de haber vivido y el ansia de haber gozado aún más: “Y supo a poco”.

Por esta razón, razón de vida, no puede extrañar que la muerte sea sentida como algo cruel, como “un acto de barbarie” (“Con Martha en Florencia”), pero aun así el ánimo del poeta no se hunde en la desesperación porque sigue viva en él la voluntad de cantar “lo que se palpa lo que vibra palpita / llora y goza todo aquello que suda / se estremece gime se encrespa y enardece” (“Canto”). Hay en la poesía de Jorge una verdadera sensualidad de lo vital, aun de aquellos aspectos que a una mirada apresurada y distraída podrían parecerle insignificantes, prescindibles. Nada es pequeño ni irrelevante para el poeta, que se y nos estremece de emoción desde el comienzo mismo del poemario ante

el pájaro “apretado / entre dos piedras” (“Pájaro apretado”) o evoca conmovido “esos pucheros de los jueves de lluvia / durmiendo suavemente / a lo largo del tiempo” (“Los pucheros”) o sitúa la felicidad en pleno corazón de lo sencillo “en el centro mismo / de otra tarde, un verano, cerca no más, / Parque del Plata, / entre frutas y mate y luz perfecta” (“Carta a Borges”).

Como era de esperar, la vida alcanza su cenit y su clímax en el amor, “la pulpa abierta de la maravilla” (“Maravilla”) tema recurrente en la poesía de Jorge. Experimentarlo, transforma la existencia, la eleva por encima de sí misma, la hace trascender sus propias limitaciones: “Y es meseta de luz esta alegría” (“Meseta”), proclama con acento que nos recuerda a otro gran poeta, Jorge Guillén. En consonancia con lo dicho anteriormente acerca de que vivir se vive en esta poesía a puro cuerpo, a toda sangre, el amor no se limita a un mero sentir sino que envuelve y arrastra a todo el ser: “... Ama. Con toda tu pasión / salvaje y roja, con vena trepidante / con caricia y rugido / con gemido y con garra” (“Ángeles”). Solo viviéndolo de esta manera, con esa entrega feroz, se puede trascender, hacer de la existencia algo más, mucho más, que un mero transcurrir: “Así, estarás salvado”, afirma rotundamente en ese mismo poema. Y en otro de los textos, titulado “El entrevero” se nos habla de “dos fieras desgarradas en desposorio de delirio / en ascenso y descenso por la cuesta / empinada de una cópula / culpable de inocencia”. La salvación no se halla en un Más Allá al estilo cristiano, sino en el acá terrenal de los cuerpos fundidos, a través de los cuales se proyectan los amantes hacia una dimensión en la que su ser se completa y supera. Por eso, Helena de Troya puede proclamar de manera desafiante en el poema que lleva por título su nombre: “Fui la única / que amó con desmesura”, y unos versos más adelante: “De nada me arrepiento. / Soy la más puta, / y acaso la más santa”. Si la vida es vivida con una especie de religiosidad sensual,

pagana, entonces no hay pecado en llevarla a su culminación y solo se puede ser “culpable de inocencia”, de entrega irrestricta, sin cálculo alguno, al otro ser por quien el enamorado se completa y es.

Poesía de la exaltación, sí, pero también reflexiva, no solo acerca del hombre y su existir, sino también de sí misma, ya que estamos en presencia de un poeta muy consciente de su tarea y de sus medios. Dura tarea, metafóricamente asociada a la del escultor porque “extirpa alternada esquirlas de sonido / polvareda aislada de sílabas o letras” (“El oficiante”). Tarea amenazada siempre por la acidia de la esterilidad, por la desgana ante lo esquiva de la palabra justa, pese a lo cual “se yergue el lápiz otra vez intenta / no dejarse caer en la pendiente aséptica del blanco” (“No se sabe”). No es fácil verter en las palabras gastadas por el uso cotidiano y desaprensivo de todos “las vísceras de tinta” (“No se sabe”) de las intuiciones más íntimas así como “el eco sin final de la absoluta hondura” (“Me sale espuma”). La poesía brota en las fronteras mismas de lo incommunicable, de allí que el poema tenga que forjarse en dura lucha “contra la escarpada blancura / del silencio” (“Caída III”).

Si decir lo casi indecible con los medios limitados del lenguaje parece ya tarea imposible, sugerir ese “algo más” al que se refería Jorge en su diálogo con Jaime Clara exige llevar al límite las acotadas potencialidades expresivas de ese mismo lenguaje, el de todos que, por ser precisamente de todos, parece no ser de nadie. Jorge, sin embargo, lo hace suyo y, al hacerlo, consigue que su poesía se adentre en los lectores, se vuelva sustancia de nosotros mismos.

A veces, basta un solo verso que no diga nada inmediatamente comprensible, aunque las palabras que lo forman sean de uso común y de sentido claro, para que este se cargue de un poder de sugestión que sitúa al lector en el clima del poema aun antes de haber

completado su lectura. Es el caso del verso inicial de ese formidable poema titulado “A Federico”: “Es invierno y al sur”. A pesar de la contundencia que la afirmación da al tono y de la aparente precisión estacional y geográfica de los dos datos que se nos brinda, nada hay de informativo en este verso, aislado además por el punto en una especie de desconcertante autosuficiencia. Sin embargo, la atmósfera del poema ya ha sido creada, pues ha impregnado nuestra sensibilidad de una sensación de desolación y lejanía. Desolación por el crimen que truncó la vida de García Lorca y lejanía, no solo espacial sino sobre todo temporal, de la voz poética que a él se dirige. La clave anímica del poema está ya completa en ese verso, que proyecta a los lectores hacia ese “algo más” que es el corazón mismo de la experiencia poética. Con razón, sostenía T. S. Eliot que “la poesía comunica antes de ser entendida”.

El ritmo, que opera a nivel inconsciente sobre la sensibilidad del lector, es otro medio de comunicación no dicha, pero que potencia lo que las palabras insertas en él dicen. Tomemos, por ejemplo, la estrofa final del poema titulado “José Enrique Rodó (1871-1917)”: “Nadie / debería morir más allá de su puerta. / Nadie / debería morir / lejos ni cerca. Debería. / Nadie / debe”. La brevedad de los versos, salvo el segundo, la repetición anafórica de varias de las poquísimas palabras empleadas, la fragmentación en versos de enunciados que parecen exigir la continuidad de la línea, esa frase final partida en dos (“Nadie / debe”) y gráficamente escalonada, todo eso sumado contribuye a producir un efecto de desolación y dolorida protesta, que carga de emotividad contenida el sentido de las palabras utilizadas. El ritmo activa la significación recortada y estática de dichas palabras dotándolas de una energía que remueve anímicamente al lector.

Y un último ejemplo de los muchos que podría haber elegido: las imágenes (metáforas, comparaciones, lo que sean) que, por ser en sí mismas rupturas con la lógica operan

sobre los aspectos no racionales del lector, liberándolo de su sujeción a lo dado, al lugar común universalmente aceptado, a la significación inoperante a fuerza de ser repetida hasta el cansancio. Cuando el poeta nos habla del “aduraznado borde de la mañana nueva” (“Maravilla”), de “la desdentada faz de la intemperie” (“El bosque de las cosas”), de “los puntuales mojones del horror” (“El noticiero. Auschwitz”) o del “ombligo inaugural de cada hora” (“Canto”) entre otras muchas y magníficas imágenes, nos está descontracturando la sensibilidad de todas las rutinas expresivas a las que vivimos expuestos y de las que también somos agentes, para que podamos abrirnos a nuevas dimensiones imaginativas capaces de ahondar y enriquecer nuestra captación de lo humano y, en definitiva, de la belleza. Porque una metáfora como “los puntuales mojones del horror” es bella a pesar de lo que dice, pues nos hace experimentar lo ya sabido con inédita y casi virginal intensidad.

Esta antología que nos permite disfrutar de los primeros cincuenta años de creación poética recorridos por Jorge Arbeleche es una síntesis, pero también una apertura hacia nuevos rumbos, como lo anuncia ese epílogo que incluye poemas felizmente ya publicados en su libro “Cuaderno de las conjugaciones”. No en vano “El repetido escándalo del gallo” se cierra con este verso que es a la vez un umbral: “Abierta queda la morada del canto” (“Conjugación del canto”). Los invito a entrar en ella. Sabemos muy bien todos que no saldremos idénticos, sino humanamente acrecentados.